CAZA EN LOS PIRINEOS

¡QUÉ séries de cuadros sublimes, al par que diversos, nos presentan los montes Pirineos!

Ora consisten en risueñas y pintorescas cuestas, ora en cerros fragosos y desiertos. cuyas cimas se confunden con las nubes: aquí vemos deliciosas arboledas, allí floridos espacios salpicados de cabañas aisladas que encantan al viajero.

El pastor vascongado con su antiguo traje, sale de su choza condu iendo su rebaño á los pastos; el labrador montañés entrégase alegremente y sin descanso; al cultivo del terreno que heredó de sus padres, patrimonio inmemorial de la familia; más lejos su hija, con los pies descalzos y ligeros, sube por los escarpados vericuetos llevándole In frugal comida, al tiempo que la esposa regresa á la cabaña con un fajo de hojas de maíz y otros vegetales necesarios para los rebaños.

El joven robusto y lleno de salud y de vida, guía el macizo carro tirado por bueyes que interrumpe el silencio con sus chirridos; por ultimo, otro joven con In escopeta al hombro y denodado continente, dirígese á la cumbre de los montes cubiertos de bosques, para matar ai lobo feroz que atemoriza á toda auqella comarca; pues el corazón del joven cazador se ha conmovido por los clamores del pastor que han excitado en su corazón el ardimiento.

Las escasas recompensas concedidas á los destructor; de ese formidable enemigo de los rebaños, están muy lejos de compensar los ries-

gos y peligros á que se exponen los montañeses: pueden encontrarse con algunos lobos reunidos, dispuestos á defenderse y á destruir á su perseguidor, como más de una vez ha acontecido, y entonces es inútil la mayor intrepidez y valor, vana es el arma y ni aun la más ligera-fuga puede salvar al cazador de lobos de los Pirineos.

Entre todos estos intrépidos cazadores de los Pirineos, era el más famoso Pyn.

La ermita de Pyn, lugar de las cercanías de Cauteretz, es un sitio tranquilo y solitario, dotado por la naturaleza de todos los encantos y de todos sus dones: allí, en medio de estos fáciles y abundantes .hienes, bastantes á satisfacer d todos los deseos, vivía una familia numerosa y unida, gozando de paz y comodidad.

M. Cervini, dice: «Encontramos reunidos en casa de Pyn á todos los indivíduos de su familia, cuyas diversas generaciones ofrecen todos los grados de la vida.

»El principal era Juan,hombre mis que octogenario; vive con su, yerno, quien tiene por su parte siete hijos, que nos fueron presentados; el que más llamó nuestra atención fué Miguel Pyn, uno de los hermanos, cazador de osos, el más arrojado que se haconocido nunca en los altos Pirineos.

»Ya sabíamos su afición á referir sus pasadas expediciones que excitaban su vanidad, por lo que nos costó muy poco trabajo conducirle á la conversación que deseábamos.

Rodeadode toda su parentela, dispuesta á escuchar una relación en que nada nuevo podían hallar, expresóse poco más ó menos en los siguientes términos:

»Cuando era joven adquirí gran fama en la caza del gamo; sin duda porque ai primer tiro caían cuantos se me presentaban delante. Ese fatigoso ejercicio era para mí como cosa de juego; dedicábame también á la caza del oso, más lucrativa que la del gamo, y cuyos peligros excitaban más y más el ardor de mi juventud.

»No tardé en hacerme famoso entre los mas intrépidos cazadores: maté un sinnúmero de dichos animales, y más de cuarenta desollé con mis propias manos; otros huyendo cayeron en hondos precipicios, de donde no pude sacarlos, quedando allí muertos y perdidos.»

Al ver la emoción del viejo al hablar del número de osos de que purgó los alrededores de Cauteretz, fácilmente conocimos cuánto lisonjeaba su amor propio aquel recuerdo.

Convinimos con él que si en las ciudades se atribuye poca gloria al que desafía el peligro luchando con tan fieros animales, no es así en los países expuestos á los estragos de esas fieras, y que no puede negarse algún reconocimiento á los que exponen la vida yendo á destruirlos en sus cuevas.

Sin la guerra que les hacen, ¿qué viajero se atrevería á recorrer los sitios desiertos de los Pirineos?

Durante la primavera veríamos caer sobre los rebaños á esos feroces animales, ó instigados por el hambre bajar en invierno hasta las cabañas, sembrando en ellas la desolación y el estrago.

Conociendo estas consecuencias, y la utilidad de los servicios liechos por Miguel Pyn á su país, hace algún tiempo que se le lis prometido alguna pensión.

«Que me la dén pronto, nos decía, y no teman que deban pagármela mucho tiempo.

»Sin embargo, veo otro yo en mi nieto, pues sigue exactaniente la misma senda: ¡vedlo ahí!

»Creo que le animará mi ejemplo: es fuerte y robusto, ágil, astuto y activo, y ahora hace su aprendizaje en la caza de gamos; asi empecé, y no dudo que él acabará del mismo modo que yo.»

Los osos del monte son unos adversarios muy terribles: ¿quién no ha oído referir á los pastores de Bagneres el caso sucedido á dos compañeros suyos?

Hace algunos años, á fines de un invierno riguroso, habiéndose acercado un oso á los rediles, difundió la alarma y el espanto por todos los lugares vecinos: varias veces logró burlar la guarda de los perros y la vigilancia de los pastores; pero dos de éstos corrieron el peligro por la salvación común y la seguridad del valle.

Armados con sus escopetas y cuchillos de monte, pusiéronse en emboscada al pie de unas peñas, en donde aguardaron al enemigo, que no se hizo aguardar mucho tiempo.

Apenas lo vieron se arrojaron á él ion el mayor denuedo y prontitud.

Herido el oso de un balazo é irritado con el dolor de la herida, lanzóse á los agresores, viéndose estos precisados á luchar cuerpo á cuerpo con la fiera enfurecida, que levantándose sobre sus patas traseras, coge á uno de los pastores, y con las uñas y dientes trata de des-

pedazarlo; pero éste agarra al oso y le hunde el cuchillo de monte en el pecho.

Herida la fiera mortalmente, sólo estrecha ya flojamente á su contrario, quien le empuja hacia el borde de un peñasco y la precipita en el fondo de un abismo, donde fueron á buscarla los pastores y hallaron muerta enteramente.

Cargados con su piel, volvieron con aquel trofeo á reunirse á sus compañeros, que estaban muy alarmados por tan larga ausencia.

El pastor que primero acometió al oso. estaba cubierto con una doble piel de carnero, precaución indispensable siempre que se trata de una lucha semejante.

Estos son los medios usados en los Pirineos para la peligrosa caza del oso.

El oso propio de esta comarca, aunque es de pelo oscuro y por consiguiente carnicero, no es tan feroz ni tan grande como el de los Alpes: siendo naturalmente frugívoro, vive en las regiones superiores de la cordillera, y no las abandona sino cuando la larga permanencia de las nieves le priva de alimento, y en particular de !as raíces de que regularmente se nutre.

En este caso, instigado por el hambre, desciende á los valles y causa estragos, pero no hay ejemplo de haber bajado durante la primavera á devastar los llanos ni incomodar á sus habitantes y rebaños. Los montañeses son los únicos que van á ataca: al oso trepando por los sitios fragosos é inaccesibles que le sirven de retiro.

Los extranjeros que permanecen en Bagneres, alguna vez emprenden como por recreo esa peligrosa caza.

Otra especie de caza, no menos arriesgada que la de los gamos y osos, es la que consiste en ir á buscar nidos de águila en las hendiduras y huecos de los riscos denegridos por el rayo.

Veréis á dos jóvenes de un valor intrépido, 'de altivo y atrevido continente, vestidos á la ligera y sin más defensa que una escopeta de dos cañones el uno, y el otro una especie de pica de hierro, larga apenas de dospies y medio.

Armados de esta surte cruzan por las crestas y picachos áridos de los montes, por los desiertos más horribles de los Pirineos. saltan los más hondos precipicios, desafían las neveras y las rocas suspendidas sobre sus cabezas.

Estos dos jóvenes pasarán algunos días fuera de su hogar, pues

se dirigen á la brecha de Rolando, enorme garganta que abrió este paladín con un puntapié, si hemos de creer al arzobispo Turpin; aunque otros dicen que fué con la espada formidable Ilamada Durandal, y celebrada en los libeos de cabalierías, y en esa obra admirable de Ariosto Orlando furioso la más ingeniósa, extraña y amena de todas sus concepciones.

Así, pues, en esa brecha de Rolando, que tantas memorias despierta, que recuerda las proezas de los paladines de Carlo-Magno, hace poco que nuestros dos jóvenes vieron un águila desplegando sus inmensasalas.

Aléjase todas las mañanas, sin duda en busca de alimento para sus aguiluchos.

Los dos montañeses han formado el proyecto de apoderarse del nido, caminan á este fin toda la noche, y á las primeras vislumbres del crepúsculo matutino, al tiempo en que el ave majestuosa despliega el vuelo, aparecen en la cima del monte.

En el hueco de una roca descubren un aguilucho con ojos vivos, pero sin fuerza todavía en las alas para elevarse hasta encima de las nubes.

Entrambos cazadores se reparten los peligros: el uno con la escopeta en la mano permanecen en pie en la cima de la brecha; y el otro, atado con fuertes cuerdas. baja suspenso encima del abismo.

De repente, el águila madre cae más pronto que el rayo, encima del atrevido raptor: oyó de lejos la voz de sus hijuelos, y va á defenderlos precipitándose furiosa sobre el temerario joven; pero son vanos los esfuerzos del ave, de un lado la acerada pica y del otro las mortíferas balas que le disparar;, le quitan la vida.

Entonces los cazadores, alegres con su triunfo, regresan á sus hogares, donde á la velada refieren, los pormenores de su arriesgada expedición.

Las águilas de los Pirineos, aunque menores y no tau terribles como la de los Alpes, no dejan con todo de ser muy fuertes y temibles: la abertura de las alas llega en algunas á cuatro pies, y se refieren casos de haberse llevado entre sus garras un carnero á vista de lor: pastores.